

**MANUEL
J. JÁUREGUI**

La manifestación contra la Refinería de Cadereyta marca el inicio de una resistencia cívica; la presión ciudadana en elecciones puede forzar al gobierno a actuar ya.

Hora de actuar

Legó, estimados lectores, la hora de actuar: la hora de que nuestros servidores públicos nos rindan cuentas, de que en palabra y hecho respeten el bienestar de los ciudadanos, que cambien su actitud y actúen responsablemente en beneficio de la sociedad y no en su perjuicio.

Nos parece de gran valor cívico –independientemente de qué tan grande o chica resultó la manifestación de ayer contra la Refinería de Cadereyta en Nuevo León– esta acción ciudadana que debe considerarse como el inicio de una resistencia cívica pacífica.

Deben considerarla los responsables de la operación de esta fábrica de veneno como un ¡hasta aquí!

Ello, pues la indignación pública indica que los CIUDADANOS mismos, independientemente de la timorata actitud de sus gobernantes, actuarán con vigor en defensa de sus legítimos derechos.

Siendo uno primordial el derecho a contar con una atmósfera limpia, a no ser envenenados por el solo hecho de respirar, conminando a que abandonen los directivos de la Refinería de Cadereyta su actitud de

importamadrismo que han asumido ante la tremenda y nociva contaminación que con sus procesos obsoletos de refinación generan en perjuicio de los habitantes del área metropolitana de Monterrey.

Esto desde hace años, sin que ello les importe y/o incomode en lo más mínimo, pues muestran ante las quejas constantes de los organismos que representan a la sociedad una indolencia que raya en lo criminal.

Además, claro está, de su total desacato a los llamados de las autoridades locales a que den la cara y expliquen de qué manera responderán a los reclamos ciudadanos demandando un “alto” a las emisiones de dióxido de azufre y otras partículas dañinas para la salud humana que emanan de sus chimeneas.

Nos parece sumamente significativo que más de 20 colectivos ciudadanos hayan llamado a la manifestación de ayer, pues este acto pudiera ser el inicio de un movimiento de resistencia civil que empuje a los administradores de PEMEX a tomar en serio el bienestar ciudadano.

Con los ciudadanos EN LA CALLE

manifestándose –y esto en época electoral– seguramente tomarán más en serio el descontento de la población, viéndose forzados a tomar cartas en el asunto.

Esta presión, estamos seguros, surtirá efectos positivos a nivel federal, tanto en el Gobierno central como en la Dirección (si así se le puede llamar) de PEMEX, que deberán responder a la presión ciudadana y no hacerse los desentendidos como hasta ahora.

Cuando los gobernantes dejan de responder a los reclamos ciudadanos, es preciso que los ciudadanos mismos muestren su descontento tomando las calles y, sobre todo, dejen claro que no están dispuestos a aceptar más la indiferencia de quienes son responsables de generar el VENENO que amenaza el bienestar propio y el de sus familias.

Sobre todo, como indicamos líneas arriba, cuando estamos con ELECCIONES importantes en puerta, pues no sólo se renueva la Presidencia, sino la Cámara de Diputados, Senado, Diputaciones locales y Alcaldías.

A la hora de votar, sin duda, debe tomarse en cuenta cuánto han contribuido



quienes buscan el voto ciudadano a las luchas ciudadanas.

Es decir, si los aspirantes a los puestos públicos han mostrado, no sólo en palabra, sino en los hechos, estar en sintonía con la ciudadanía abanderando las causas que a ésta preocupan, y no sólo los de su agrupación política o las de un Presidente con tendencias autoritarias.

Uno que dice estar a favor del pueblo, pero que en los hechos no hace nada por defender los intereses de éste, pues si le importara, ya hubiese cerrado o reubicado la Refinería, demostrando que antepone la SALUD de los ciudadanos a las deficientes y ruinosas operaciones del monopolio petrolero.

Son terribles, y por lo tanto criminales, las carencias a las que someten a los ciudadanos sin siquiera inmutarse:

Por un lado, ENVENENAN el aire que respiramos de manera abierta, impune, retadora y cínica.

Mientras, por el otro, desmantelan el sistema de salud, desaparecen el Seguro Popular, rompen el sistema de abasto de medicinas generando carencias, y dejan caer al IMSS en el más inhumano descuido.

O sea, primero nos enferman y luego impiden que nos podamos curar: ¡a la calle, pues, amigos, basta del mal Gobierno!